

«Ser Artista y Poeta»

Por CRESCENCIO RUBIO SAEZ

Yo quisiera ser artista. Yo quisiera ser poeta. Pero lo confieso ingenuamente: yo no soy artista; y lo que es peor, tampoco entiendo de arte. De igual manera confieso que soy incapaz de hacer un verso y que no soy poeta. Y sin embargo, sin saber ni acertar a explicarlo, es lo cierto que gozo inmensamente con la vista y contemplación meditada de un cuadro del artista y con la lectura regustada de una poesía y de los poetas.

Dios, infinito en perfecciones, es la belleza suma, la Belleza misma, la belleza infinita. Y derrama belleza en todas las criaturas, en todas las cosas de la naturaleza. El genio del artista, la mente del poeta, siente más en vivo esa belleza, atisba esa gracia de Dios, atisba y capta esa partícula de la belleza infinita participada en las criaturas, en las cosas, en el aire, en la luz, en el ambiente; posee el don celeste de sentirse movido y, a veces, arrastrado a plasmar hacia el exterior y dar contorno y colorido a los rasgos aquellos que han herido o tocado el sentimiento de la belleza que atesora su alma. El artista de esta manera, y otro tanto puede decirse del poeta por igual motivo, al obrar a impulsos de una inspiración cuasi divina, se hace en cierto modo partícipe y cooperador de la Belleza Absoluta, de Dios, produciendo obras de arte.

Dios, arquetipo de lo bello en plenitud inexhausta, autor de todas las gracias y de lo agradable en todos sus infinitos matices; el artista y el poeta, el poeta lo mismo que el artista, siguen de cerca los pasos a Dios y nos aproximan a esa gracia, para que mejor la sintamos los profanos, gracia depositada por Dios en todas partes: el artista es su mensajero, es hacedor, para nosotros, del sentimiento de la belleza; el poeta es también su mensajero adentrándonos gozosamente en ese mismo sentimiento de la belleza de Dios.

Es por tanto sublime y magnífica la misión del artista; magnífica y sublime la del poeta. Acercarnos a la obra de Dios, haciendo que percibamos los latidos de Dios en todas partes. Aproximar a nuestros sentidos y a nuestro sentimiento y gozo aquellos, o algunos, rasgos y partecillas de la hermosura increada, de la Belleza absoluta que existe derramada en todas las cosas. Brilla la arenilla al ser bañada por el rayo del sol. Por igual manera resplandece la hermosura y gracia de Dios, como oculta y desvaída muchas veces, a nuestros ojos, cuando el artista la transvasa mágicamente con sus pinceladas. ¡Artista, eres heraldo del Altísimo! ¡Poeta, eres luz suavísima que baña inefablemente nuestras almas!

Por eso he comenzado estas impresiones diciendo que yo quisiera ser artista, y que me gozaría en ser poeta. Pregonero, bellamente, de las bellezas eternas, de la hermosura infinita que Dios ha puesto y derramado profusamente en toda la Creación. Ser artista, de este modo y sentido; ser poeta de esta guisa, es estar inmerso en la activa participación glorificadora del que es Perfección suma y absoluta y que sabe dar sin agotarse nunca. Por ello, y de ahí, la variedad inacabable e infinita de manifestaciones de belleza artística. No soy artista. No soy poeta. Pero gozo con que otros lo sean. Siento viva complacencia en sus maravillas, en su parte de creación, en sus dones, en sus gracias, en su arte y en sus obras. Su sensibilidad exquisita afecta a la mía. Me llenan sus triunfos como si fueran míos. Y gozo con su gloria como si fuese mía.

¿Quién no goza contemplando la obra de un artista? He oído alguna vez que el arte de los clásicos da el tono del equilibrio más perfecto. Es bienhechora su influencia. Aquieta los ánimos y los eleva y los sublima. También la poesía. Brille el genio del artista y triunfe su genio al par que nos cautiva, domina y educa. Loor al poeta que hace conmovirse las fibras más delicadas del alma. Veneración a su genio, despertador de los sentimientos más puros y efusivos. Cantad, poetas. Pero no arrastréis vuestra lira por el fango, avivando pasiones insanas. Cantad con fuego divino y elevadnos a las alturas de ideales inmarchitables. Cantad, poetas. Sea noble vuestra inspiración, como es divina la lumbre que os mueve, la que os hace brillar con gloria inigualada. ¡Artistas! ¡Poetas! Dios, ¡cómo quisiera yo ser poeta! ¡cómo me gozaría yo en ser artista! ¡Mas, con todo, que otros lo sean con mejor suerte que la mía!

Cáceres y Junio de 1949.

LEA USTED

Don Gutierre de Sotomayor

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Primer volumen de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Historia) publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial.

De venta en las principales librerías de Cáceres